

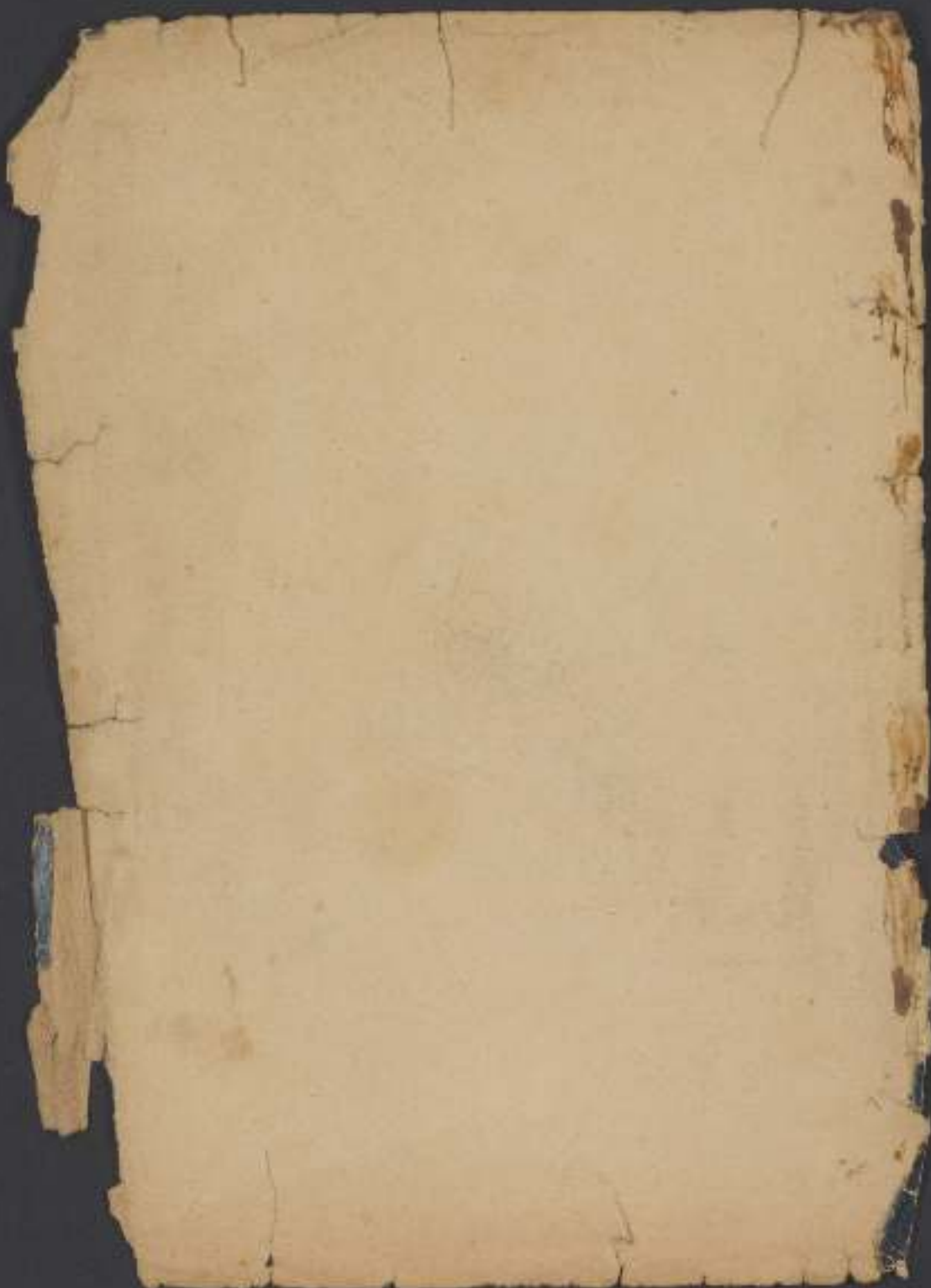


SOMBRAS DE GLORIA

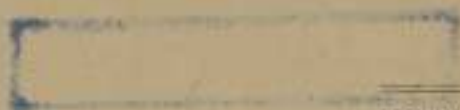
MONA RICO

JOSE BOHR

EDICIONES BISTAGNE



SOMBRAS DE GLORIA



PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 18551 - BARCELONA

Sombras de gloria

Emocionante asunto totalmente hablado en español

Dirigido por

ANDREW STONE

Ediciones SONO ART

Selecciones GAUMONT

«Diamante Azul»

(Fuera de programa)

L. GAUMONT

Paseo de Gracia, 66

BARCELONA



Argumento narrado por Ediciones Bistagne

INTÉRPRETES PRINCIPALES

José Bohr y Mona Rico

SOMBRAS DE GLORIA

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

Un gran silencio reinaba en la sala donde se celebraba el apasionante juicio.

Nadie hubiera dicho que allí se hallaba congregado tanto público como el espacio permitía, a juzgar por la quietud que reinaba y que sólo rasgaran un momento antes las palabras del fiscal en el uso de sus atribuciones.

A primera vista, se trataba de un vulgar crimen pasional. Pesaba la acusación de asesinato sobre un hombre, pero con las agravantes de premeditación y alevosía.

Sin embargo, la afluencia de público era indudable y en su mayoría

se hallaba representado el sexo femenino. No se trataba esta vez de la sola reunión de aquel sector de muchedumbre ávida de curiosidad, de esa curiosidad insana que le hace hallar un placer abundando en el dolor humano.

No, no era éste el público reunido. Como tampoco se notaba repulsión en las miradas que con frecuencia se dirigían al acusado; más bien era piedad.

Notábase un ambiente dramático... Un afán en todos por saber cómo concluiría aquella página de la vida que se iniciara en el perfume de un amor inmenso y finali-

zara con la mancha sangrienta de un homicidio.

Y es que el reo que ocupaba el banquillo, estaba lejos de ofrecer el tipo corriente del criminal nato. Se trataba de un hombre joven, no mal parecido, y enfermo. ¡Oh, sí, muy enfermo! Esto se había visto cuando se vió precisado a ponerse en pie requerido por sus jueces. Apenas si podía sostenerse... Y luego tosía, tosía constantemente, con una tos bronca, terrible, que le desgarraba los pulmones. Aquella tos que le sacudía como un pelele a impulsos del vendaval, proclamaba a gritos ser la de un tuberculoso. Y por si fuera ello poco, allí estaban sus manos que tenían la palidez de la cera al igual que el rostro, y el terrible sello que la agotadora enfermedad imprimiera en sus mejillas y ojos.

Y era a ese hombre, mejor dicho, a ese cadáver viviente, al que trataba de llevar a la silla eléctrica un fiscal, que llamaba en su apoyo a la ley, la ley rígida sin debilidades.

Pero, antes de proseguir, pasemos revista a los que tienen un papel importante que jugar en el desarrollo de lo que ha de sucederse.

En el público, en primera fila,

vemos a una mujer. Es joven, es bella, tiene unos ojos lindísimos que no se separan del acusado, del hombre adorado. Parece aniquilada, destrozada, por ser ella la causa de que él se halle donde se encuentra ahora. ¿Cómo siente que le pesan las palabras despectivas de dos viejas cercanas que la contemplan con desdén, con odio casi!

Sentado al lado del reo, vése a un niño. Es un muchacho de nueve o diez años, tal vez de más. Que es difícil decirlo cuando, como él, resultan, los niños, verdaderas flores exóticas nacidas en el invernadero de una gran ciudad. En toda su expresión, en todo él, se nota cómo le conmueve lo que está sucediendo a su compañero, a su amigo...

Al otro lado de éste, hállase el abogado defensor. Es un principiante, un hombre maduro ya, pero que, ignorado, ha estado vegetando largamente sin llegar jamás a sobresalir en ninguna causa célebre. Su rostro, sin embargo, no es reflejo esta vez de temor ni tampoco de confianza. Permanece impassible. Sólo a veces, pocas, una ráfaga de inquietud pasa por sus ojos. Es cuando el verbo cálido del fiscal acumula algún cargo de importancia sobre

los ya anteriormente manifestados... Cuando ve que los miembros del jurado van adoptando uno tras otro marcado aire de severidad... Pero pronto recobra la confianza, y aquella misma impasibilidad de antes torna a reproducirse en su rostro.

Queda el fiscal. Es él quien parece perseguir con más saña al reo. Diríase que aparte del natural empeño de su misión, goza tratando de hundir, de condenar al hombre acusado de asesinato. Para él sólo existe una cosa en el mundo digna de ser considerada: la ley, pero la ley inflexible, sin atenuantes, sin que la humanidad tenga nada que ver con sus decisiones. Y todo el mundo sabe que cuando alguien ha

quebrantado aquélla, este fiscal ha sido quien ha logrado siempre la máxima pena. Es un hombre que ha hecho de su profesión un sacerdocio, pero un sacerdocio que no admite paliativos en su intransigencia.

Hay también en este gran espectáculo en que el Destino y la Ley juegan a los dados la vida de un hombre, ya casi extinguida, otros elementos, aparte de los personajes citados. Hay un jurado, un juez con todo su séquito de taquígrafos, alguaciles y demás. Y un público, ese público de que ya habléramos...

Pero todos ellos no juegan un papel importante en la trágica farsa. Son meros detalles decorativos que asisten al drama...

* * *

El fiscal había concluido su larga peroración. Ahora erguido ante el estrado de los jurados, convencido de la importancia de su papel como propulsor de la ley, señalaba al reo con el dedo. E íntimamente, gozaba del placer de ver a todos los reunidos pendientes de sus palabras.

El acusado no parecía darse cuenta de que era objeto de la atención de todos a causa de la última frase del acusador. Tenía el brazo derecho apoyado en el muchacho que se hallaba sentado a su lado. A veces, cruzábanse las miradas de ambos: la del niño expresaba profunda conmiseración, un dolor infinito; las del hombre sólo hablaban de desalien-

to, de cansancio, y también de cariño.

Les sacó de su abstracción la voz del fiscal. Había invitado al muchacho a que fuera a sentarse en el sillón destinado a los testigos.

El niño le miró y miró también a su compañero. ¿Qué quería aquel hombre adusto? ¿Para qué deseaba separarle del lado del acusado? No, no iría. No quería ir.

El fiscal no gustaba de demoras ni de sentimentalismos.

Una orden breve:

—Oficial, hágame obedecer a ese chicuelo.

Y el policía obedeció.

Hubo de emplear rudos modales. El chico se resistía, que poco sabía

de leyes y no quería separarse de donde se hallaba.

Alguien detuvo al policía. Era el reo. El acusado del crimen, que, al ver maltratado a su muchacho, hubiese olvidado de sus dolores para correr penosamente en su socorro. Presa de gran excitación nerviosa, consiguió separar al niño de las garras del representante de la ley. Y mientras lo oprimía contra su pecho, dirigióse hacia el tribunal para clamar:

—¡A mí que me hagan lo que quieran!... ¡Que me maltraten... que me maten! ¡Pero a él no... a él no!

Se detuvo, no pudo continuar. Un golpe de tos violento truncó sus palabras, agotándolo, dejándole aniquilado. El esfuerzo realizado tratando de defender a su muchacho, aquellas palabras manifestadas a gritos, habían provocado la crisis, una crisis que hacía sufrir tanto a los que le veían como a él mismo.

El público exteriorizó con creciente murmullo la compasión que sentía. Los mismos jurados se sentían ganados por ella... Pero había un hombre, un ser en quien tales sentimientos parecían no hallar eco en su corazón.

—Señor Presidente—advirtió di-

rigiéndose al juez—. Es necesario no dejarse ganar por la piedad. No hemos de ver en el acusado a un enfermo, sino a un hombre que perpetró un asesinato y con las peores agravantes. Por muy duro que sea, es preciso reconocer que la ley ha de cumplirse estrictamente. Y es la ley la que motiva que yo trate de llevar a ese niño al sillón de los testigos. Presenció el crimen y por lo tanto debe declarar.

Vacilaba el juez entre sus deberes y su compasión. Pero el reo, venciendo la postración en que le dejara el último ataque, rogó:

—¡Ve, muchacho! —dijo a su aniguito—. Yo te lo pido, yo te lo mando. Ve a decir la verdad, toda la verdad...

—¡Pero la verdad te perjudicará!—gimió el muchacho, con lágrimas en los ojos.

—No importa—le respondió su amigo, al tiempo que le pasaba la mano por los cabellos—. Dila sin vacilar.

Resignado, acompañado por la terrible tos del enfermo, se dirigió el niño lentamente hacia el sillón de los testigos. Antes de sentarse y previa pregunta de su edad—nueve años—se le hizo jurar sobre los

Evangelios. Vaciló el chico, comprendía la importancia de lo que le pedían... Pero, al fin, luego de contemplar a su amigo que, por su parte, también le contemplaba, juró.

Pareció entonces como si el silencio aumentara; como si la atención del público se redoblaste, no queriendo perder ni una sílaba de lo que el chico iba a decir.

—¿Comprendes bien toda la importancia de lo que acabas de hacer?—le preguntó el fiscal, con severidad.

El muchacho temblaba. No sabía por qué, pero aquel hombre de duras facciones que tantas cosas decía, le causaba miedo. Comprendía que era él el peor enemigo que tenía la causa de su amigo... Y deseaba decir las cosas con cautela, temeroso de que si se precipitaba pudiera perjudicar a quien tanto amaba.

—Sí, señor... — contestó, pues, vacilante—. He jurado decir la verdad, toda la verdad, y la diré.

Una pausa. Ahora podría decirse que se acentuaban más en el fiscal sus trazos fríos, tornándole la verdadera estatua del rigor y de la severidad.

Acercándose al muchacho que

trataba de huir del penetrante brillo de la mirada del interlocutor, inquirió:

—¿Qué lazos te ligan al reo?

No pareció comprenderle muy bien la criatura. Era preciso decirle las cosas con mayor claridad:

—¿Es tu padre... tu hermano... tu protector?

—Es... mi amigo.

—¿Cómo nació esa amistad?

Tardó el muchacho en contestar. La pregunta del fiscal había traído a su memoria lejanos recuerdos de miseria...

—Fue una noche...—dijo, como si hablara para sí mismo, olvidado de donde se encontraba y con la voz llena de ternura y agradecimiento—. Una noche de mucho frío, de mucho frío... Yo vendía periódicos, no tenía con qué abrigarme... Y entonces él me compró un abrigo...

Al concluir la narración breve, sencilla y por lo mismo llena de grandezza, las lágrimas habían corrido por sus mejillas. No sabían comprender los demás, pero él sí. Aquella jornada nació en él su gran admiración y su gran cariño por el hombre que ahora se hallaba sentado en el banquillo de los acusados.

No interesaba al fiscal aquel ambiente de sentimentalismo que originaban las palabras del chiquillo. De seguir así, iba a perjudicarse la eficacia de su acusación.

Apartóse, pues, de aquel camino, y con habilidad de viejo leguleyo que podía ejercer mejor en la in-experiencia y corta edad del testigo, no tardó en llevarlo al terreno que para él tenía interés: la noche de autos.

Una tras otra habían salido de sus labios las preguntas; una tras otra habían obtenido respuesta sincera, si bien vacilante, de los labios del chiquillo.

Pero hubo una ocasión en que el muchacho vaciló. Había motivo para vacilar. En ella se basaba terrible, la tremenda acusación fiscal.

—¿No es cierto — le repitió el acusador, con voz tonante—, que esa noche, el reo, emboscado en la sombra, mató a traición al hombre?...

—¡No, no!—gritó el niño entre lágrimas y retorciéndose los brazos—. No es eso... Yo... él...

La pobre criatura no sabía cómo seguir. No quería mentir, pero tampoco decir la verdad que, a su juicio, equivalía a una sentencia de

muerte para su amigo. Se echó a llorar. Era su único recurso al verse acosado, acorralado...

En el público la angustia era inmensa. Las mujeres particularmente, tenían los ojos llenos de lágrimas. No podían tolerar, en su sensible manera de sentir, que se continuara por más tiempo haciendo daño moralmente a la infeliz criatura que no había cometido más crimen que su deseo, su afán de proteger ahora al que en un tiempo le protegiera.

Pero el reo no estaba tampoco dispuesto a que aquello durara más. En un arranque, venciendo esta vez a la debilidad traidora que se esforzaba en mantenerle en su sitio sentado, avanzó esta vez hasta allí donde se hallaban los jurados, gritando a éstos y al juez:

—¡Basta ya! ¡Sí, sí! ¡Yo lo maté... yo lo maté! ¡Y lo único que siento es que no tuviera... cien vidas... para matarlo cien veces!

Otra vez la tos hizo presa en él, ahogándole. Parecía como si la enfermedad maldita pretendiera vengarse de sus esfuerzos por librarse de ella siquiera fuera unos momentos.

Tambaleóse y corrieron a ayu-

darle, el chico entre ellos. Pero a todos rechazó el enfermo, que por un esfuerzo más de voluntad, consiguió volver a erguirse y avanzar torpemente hacia la barandilla que separaba a la ley del público. Allí hubo de apoyarse, recoger fuerzas, todas sus fuerzas, para lanzar unas palabras llenas de odio, de desencanto y desdén:

—¡Y lo que siento también...— exclamó con voz bronca y entre jadeos—es no haber matado a ésa!

Su dedo rígido señalaba a alguien entre el público. Una mujer, aquella mujer que retratáramos, la cual, que hasta entonces estuviera llorando, hubo de taparse horrorizada la cara con las manos...

Se armó un gran revuelo en la sala. Los murmullos del público crecían por momentos, obligando al presidente a amenazar que iba a hacer desalojar, si continuaban.

Mientras tanto, vencido el reo por el esfuerzo, se dejaba conducir dócilmente a su asiento. Quedó allí recogido, hecho un ovillo, transido...

El orden se restableció por completo.

Y en el silencio expectante que siguió, el fiscal, dirigiéndose a la

sala, al jurado y al juez, lanzó la acusación:

—¡Señores! — exclamó—. El punto fundamental de mi acusación es este. Ese hombre que ahí veis, ha matado. Todos podéis ver que no se arrepiente del hecho, que no lamenta haberse dejado llevar por un momento de ceguera. No, no; lo que siente es no haber podido consumir el hecho con otro crimen más. Lo que siente es no haber podido dar satisfacción a sus instintos homicidas. Se está, pues, ante un monstruo, no ante un hombre. Tal vez sea ya un monstruo herido, y herido de muerte. No dejo de reconocerlo. Pero a la ley, señores, no puede importarle esta circunstancia. La ley debe ser inflexible, debe exigirse vida por vida...

Palabra tras palabra, aquel hombre iba construyendo la cadena que debía arrastrar al acusado hacia un final trágico, terrible. Frase tras frase, aquel hombre recordaba que se trataba de juzgar y no de sentir compasión. Había un hombre muerto, muerto con todas las agravantes, por un ser inútil que de nada servía en el mundo...

El ambiente hostil a la causa del acusado se iba formando amenaza-

dor. El crimen pasional presentado bajo el prisma del fiscal se había tornado repugnante, las causas que él alegaba, más o menos especiosas, presentaban al reo como un ser en quien la maldad anidaba y a la mujer, como a una pobre víctima obligada a trabajar para mantenerlo, ya que él a causa de su penosa enfermedad no podía ganarse el pan.

Y el agradecimiento era el que todos acababan de presenciar. Lamentaba no haberla podido matar también. El—el fiscal—no olvidaba el motivo que al parecer incitara al esposo a tomar venganza...

—Pero, señores —alegó el rígido acusador—, decidme: es una mujer joven, es una mujer bonita... ¿No es comprensible que sea asediada una y otra vez por los hombres, que la ven constantemente sola? Es esa una razón para matar? ¿Es esa una razón para que, sin que medie explicación alguna, pura que sin indagar, un hombre se tome justicia por su propia mano?

La voz del fiscal había ido creciendo, haciéndose terrible. Aquí se detuvo, hizo una pausa, para dar entrada a sus palabras finales.

Hasta entonces se había ido diri-

giendo a todos en general, esta vez sus palabras fueron todas hacia un punto.

—Señores jurados... —comenzó—. No os dejéis sugestionar por el ambiente de conmiseración que impera en la sala, pese a mis esfuerzos por desvanecerlo, por sentar las conclusiones como deben estar sentadas: Ley y reo. Recordad que estáis aquí para practicar justicia seca, caiga quien caiga, y que, por lo tanto, debéis reaccionar contra ese ambiente nocivo para la causa de la verdad y de la justicia.

El fiscal hizo una breve inclinación al terminar. Todo en él era enfático, como si en lugar de hallarse en un estrado se hallase en un escenario y debiera cuidar de todos los detalles para asegurarse el éxito.

La larga peroración, le dejó extenuado, y así dejóse caer en el sillón que tenía reservado, con verdadera satisfacción, con alivio.

Pero al mismo tiempo, brillaba en sus ojos el triunfo. Estaba seguro de tenerlo. Quizá no arrastrara al reo a la muerte, pero sí a una larga condena. Y una vez más la Ley se habría cumplido...

* * *

De nuevo murmullos del público. Comentarios a media voz sobre el probable resultado de la vista. Lamentaciones en bocas femeninas. Era tan sensible juzgar a un hombre herido de muerte... Críticas contra la esposa infiel...

Unos golpes dados con el martillo, por el presidente.

Y todos vieron como se alzaba el defensor. Casi nadie conocía al que se había encargado de salvar la vida al reo, pero en seguida se ganó las simpatías de los que deseaban hubiera piedad en lugar de ley. Su aspecto era noble y franco.

Con lentitud se acercó a la tribuna de los jurados a quienes con-

templó detenidamente. Uno tras otro fueron desfilando ante sus ojos aquellos doce auxiliares de la ley. Eran doce rostros impasibles, fríos, atentos; rostros de hombres que esperaban conocer para juzgar.

Y el defensor haciendo un gesto de desaliento, al dirigirse a ellos, comenzó:

—Me habéis decepcionado, señores jurados... Yo había esperado sorprender en vuestros rostros, en vuestras miradas, una expresión de piedad, un relámpago de emoción. ¡Me he equivocado! Sólo tengo ante mí caras severas, como el espíritu mismo del Libro de la Ley... Y, sin embargo, es preciso que yo lle-

que a vuestros corazones; es preciso que para juzgar este caso no os limitéis a interpretar la letra muerta del Código, sino que sintáis, que comprendáis, que llegéis a identificaros con el drama del acusado. Sólo así, cuando vuestras almas se hayan acercado al alma del que sufre, de ese hombre que ahí véis encogido a causa de la terrible tortura a que le somete su penosa enfermedad, es cuando podréis estar capacitados para juzgar... Escuchad...

Y el propio abogado, emocionado él mismo por lo que sabía, hizo el relato cruento, doloroso de una vida, la de aquel hombre que abo-

ra se hallaba ante un público y ante un jurado para ser juzgado, y que en otros tiempos se hallara también ante un público más amable que le recibía siempre con cariño y con aplauso.

De los labios del defensor brotaron las palabras cálidas que constituían la historia. No había en su expresión el intento del abogado de conquistar la opinión en su favor... No, explicaba lo que en otro tiempo fuera, lo que sucediera, los antecedentes del caso que el fiscal había tachado de repugnante...

Fué así:

* * *

Nueva York.

En el último año de la guerra.

Un hombre—al que llamaremos Jimmy—triunfa en el escenario de un gran teatro de Broadway. Se trata de un hombre joven, sonriente, lleno de juventud y de vida, lleno de la fuerza que mueve el mundo. Es decir, el polo opuesto del que hemos visto sentado en el banquillo de los acusados.

Es un *chansonnier*. Figura como uno de los tantos números de una revista. Sus canciones son sentimentales o frívolas. Y le conquistan numerosas simpatías, particularmente entre las damas.

Pero él sólo experimenta predilección por una de ellas... Llamé-

mosla Mary. Ambos se aman apasionadamente. Los bastidores del teatro, tantas veces testigos de mil escenas de amor fingido, cobijan esta vez las grandes llamas de una verdadera pasión.

Todo sonríe a la pareja feliz. La vida es para ellos un sendero llano y cubierto de rosas. Ignoran todavía que las más hermosas flores ocultan espinas, y se deslizan por la senda confiados, dichosos.

Hay otro ser que comparte con ellos la felicidad que la vida parece haberse empeñado en prodigarles. Se trata de Luisín, el pequeño vendedor de periódicos protegido por el artista.

Y así transcurre su vida. Siempre igual, siempre feliz.

Pero un día...

La ciudad de los más grandes edificios del mundo se ha conmovido hasta los cimientos. América va a lanzarse a una aventura quijotesca. Perdida repentinamente su tranquilidad egoísta y más reprobable en el caos guerrero que agita al mundo, va a tomar parte en la contienda.

Los periódicos son arrebatados de las manos. Y en todos ellos, con grandes titulares, se lee la declaración de guerra que América ha dirigido a Alemania.

Hay en las calles vibraciones de entusiasmo en las multitudes... Por doquiera oyense los sonos de los clarines bélicos...

Y los habitantes de la ciudad populosa de Nueva York, tan afeccionados siempre a las comodidades de la vida de un pueblo próspero y feliz, dan en olvido bruscamente sus negocios, sus comodidades, aquella busca infatigable del oro, para en un gesto de caballero andante alistarse en las columnas que se preparan para acudir en socorro de Francia.

Colas enormes de hombres se for-

man ante las oficinas de alistamiento. Todo el mundo acude allí: pobres y ricos, dichosos y desgraciados. Los unos por afán de aventura, los otros por la esperanza de olvidar algún mal que consideran mayor que aquella llaga enorme que correte al mundo. Más o menos convencidos, los hombres de la Unión se sienten empujados por un ideal altruista.

Jimmy ha sido de los primeros en alistarse. El, que es feliz, que tiene éxitos diarios en el teatro, dinero, juventud, vigor y una mujer que le quiere... Pero a todo ha renunciado, con objeto de correr en socorro de una causa que considera justa y que se está dirimiendo en las arrasadas campañas de allende el Océano.

Su amada, débilmente, ha tratado de hacer fuerte su amor. En el egoísmo del cariño ha pretendido hallar en él argumentos con que convencer al hombre querido. Se siente orgullosa de la generosa idea de él, pero hay tantos que van... que no advertirán su ausencia...

Pero ante la firme negativa de él, ante la poca importancia que en realidad ha concedido a su petición, la muchacha enmudece... Jimmy le ha

contestado cantando una linda canción, una canción de amor... Y Mary se ha sentido ganada por el encanto de las bellas palabras de aquel cantar.

En realidad, reconoce que si hubiera visto a su amado permanecer cómodamente en América en tanto que partían para los campos de batalla los demás hijos de la ciudad, no podríale haber amado tanto como ahora sucedía.

Y llega la última noche en que él debe actuar en el *music-hall* de sus triunfos. El público, enterado debidamente por la empresa—que ha cuidado de propagar a los cuatro vientos que Jimmy se va a la guerra—, ha acudido en número máximo para aplaudir y ver por última vez a su astro favorito.

Aquella jornada es para el artista una noche inolvidable. Se debe por completo a su público que le aplaude, le aplaude a rabiar. Bisa una tras otra todas aquellas canciones que constituyeron para él otros tantos éxitos. Y se emociona grandemente al ver como el público, como una muestra de su complacencia ante el artista soldado, le aplaude en ovación inmensa, en esas grandes manifestaciones de agrado que

son las que hacen sagrado el arte creado para distracción.

Y luego, en contraste con el hecho grande que ha complacido sus sentimientos de *chansonniér*, viene para él la ceremonia sencilla, agradable, de inenarrable felicidad: su boda con Mary.

Es aquella su noche de novios. La primera noche de su felicidad... y la última hasta que él retorne de los lejanos campos de batalla, allá donde los hombres en terrible olvido de las bellezas que encierra la vida, empéñanse en ser fieles servidores de la Destrucción y la Muerte.

Los recién casados, en noble y optimista olvido del más allá, entréganse felices al bello encanto de la primera noche de amor... Viven el hoy; del mañana, el Destino decidirá.

.

Es el día siguiente

Parten los soldados Los primeros hijos de la libre América que van a luchar por el logro de los derechos arrollados.

Mary ha acudido al muelle a despedir a Jimmy, a su Jimmy, que ahora puede decirlo mayormente que antes.

Al extremo de la pasarela que une el muelle con el barco, se halla la pareja que sólo vive los instantes del amor. Todos los demás hombres que parten también hacia la guerra se han despedido ya. Las madres, las mujeres y las hermanas se han despedido, hace tiempo, de sus deudos.

Todos los allí presentes experimentan idénticos sentimientos, todos sienten el mismo penar. Igual velo ante los ojos; igual nudo en las gargantas, igual pinchazo en los corazones...

La fila de hombres es interminable. Generosamente, con entusiasmo parten. Ellos, los hombres, hacen gala de gran nobleza y de valor al ir en busca de la muerte por una cosa tan fútil y a la par tan sagrada, de un ideal. Pero quienes realmente merecen admiración por su heroica mudex, por su silenciosa gesta, son las mujeres. Ellas van a conocer el verdadero aspecto de la guerra: la espera del ausente, la angustia por su suerte... y no tendrán como compensación a tan largo tormento nada que se asemeje a la gloria, al placer de guerrear que los hombres sueñan hallar en el frente. No, sólo el dolor será su

compañero. No verán placer alguno en la lucha asesina. Ellas las mujeres, ellas las madres, no pueden hallar goce. Ni por los suyos expuestos siempre a la muerte, ni por los enemigos que, al fin y al cabo, son hijos de otras mujeres que no por ser de otro país dejan de ser madres como ellas.

Y la fila de hombres, camino de la muerte, es interminable. Van pasando, van pasando...

Y Mary y Jimmy, olvidados de todo, siguen al pie de la pasarela. ¿Qué les importa a ellos el dolor de los demás! Sufren el suyo propio y ¡es tan grande!

Mas ¡ay! que es preciso apurar el cáliz hasta las heces...

Estrechamente abrazados, ninguno de los dos puede hallar las terribles palabras que han de significar la despedida... Pero llegan unos hombres y comienzan a soltar las amarras...

Es preciso decidirse. Decir algo, dar unas últimas palabras como se da el aliento para vivir... Y Jimmy se encuentra con que su garganta no puede emitir palabra alguna...

Un último beso a Mary... En él hay toda la expresión que las más bellas frases no lograrán plasmar.

Son sus corazones los que hablan sin necesidad de que lo hagan los labios...

Va a marcharse ya el soldado. Pero ve también a Luisín que asimismo ha ido a despedirle y del que no se ha dado cuenta hasta aquel momento.

Jimmy balbucea unas palabras de excusa:

—Perdona... No te vi...

¿Le oye el muchacho? Seguramente, no. Ni él tampoco sabe lo que dice.

Es mejor que se exprese de otro modo.

Lanza la sirena su postrer rugido...

Y Jimmy estrecha entre sus brazos una vez más a la mujer querida; luego al muchacho.

Y salta al barco.

Este se va separando del muelle. La franja de agua al principio estrecha, se ensancha más y más... Se ensancha como el Océano que separa ambos mundos.



Francia.

Aldas contiguas al frente... Hasta allí llegan los tableteos de la tormenta de hierro que los hombres desencadenan.

Es una música constante y terrible que no produce ya casi efecto en los soldados. La orquesta de acero toca siempre la misma marcha y acostumbra los oídos a tan terrible son.

Es allí donde está Jimmy.

Es uno de los muchos cafetines que el calor de la guerra hiciera nacer en retaguardia. Allí se encuentran franceses, ingleses, norteamericanos. Con los *poilus* difícilmente llegan a comprenderse los

que hablan el idioma de Shakespeare, pero ¡bah! donde no llega el idioma de la madre patria, alcanza el internacional de los mudos. Las señas hacen el resto. Y muy bien, por cierto. Por otra parte hay algo que hace de todos unos. El afán de divertirse. De beber, beber mucho para olvidar siquiera unas horas el terrible horror de la contienda sin igual.

Jimmy es querido y mimado por sus compañeros.

Nadie como él consigue distraerles, nadie como él logra alejar las penas.

En las horas de desaliento, en vísperas de un combate o al regre-

so de las trincheras — toperas humanas—su arte, aquel arte que derrochara en los teatros de Nueva York, proporciona a los soldados consuelo y olvido.

Con el acompañamiento de un piano desafinado o de un acordeón que toca todo, menos lo que el músico quiere, y aun a veces con el simple acompañamiento de una cucharilla o de un plato de aluminio, el artista canta aquellas canciones que tanto aplauso le valieran en Broadway.

Y a te que resultaría difícil de decir qué canciones fueron cantadas con más alma, si aquellas que brindara al público neoyorquino, o las que ahora ofrece a sus compañeros de armaa.

Cierto que entonces las canciones le daban gloria y dinero, cierto que entonces le valieron verse elevado al pináculo de la fama.

Pero ¿qué es lo que no pagaría él a cambio del éxito que obtiene entre sus compañeros? ¿Cómo se desarrugan los ceños, cómo se transforman en sonrisas y hasta en francas carcajadas aquellos mismos gestos que hasta poco antes estuvieran llenos de rabia o de amargura!

Desgraciadamente, la guerra no se limita a aquello. No; tales reuniones de soldados son únicamente lo poco agradable que tiene la contienda.

Tras los ratos de expansión y de buen humor, se encuentran los ratos de amargura en las trincheras, inmundos lodazales, en todo su horror.

La muerte en tal lugar es lo de menos. A poco de encontrarse en las toperas humanas, la desesperante monotonía de ver siempre los mismos muros de tierra, de advertir la misma llanura desolada y de oír el constante tronar de los cañones, llega a hacerles desear el final como un descanso. ¡Ay, cuán distinta es aquella guerra de la que ellos, los voluntarios yanquis, supusieran! No hay luchas épicas donde el valor pueda mostrarse. No hay ocasiones, las más de las veces, de toparse con el enemigo. No, no hay nada de eso. Unicamente se halla siempre la batalla que entre sí traba el acero. Cañonazos y más cañonazos... En lugar de la muerte heroica, un casco de granada que destroza. ¡Lucha épica! ¡Fué ironía! Todo en aquella matanza feroz es solapado, traidor. Cuando se espera

hallar a un enemigo a quien herir, viene una bala disparada al azar que siega una vida. O peor aún; arriban silenciosos, asesinos, los terribles gases asfixiantes... ¡Y eso es una guerra! Una guerra, sí, pero muy distinta a las de antaño. Una guerra cruda, terrible, desprovista de todo lirismo...

Ya los soldados—los de uno y otro bando—no ven en sus enemigos más que hombres, hermanos que se ven forzados a una lucha en la que no tienen el menor interés. Es solamente cuando la pólvora les emborracha, cuando la orden de ataque les enloquece, cuando aquellos hombres—todos, los de uno y otro bando—busean al enemigo... Y aun entonces parece que no tratan de hallar en un contrincante humano el final de sus penas, no... Su solo objeto es buscar un medio—cualquiera que sea—que ponga fin a aquel tormento constante y que parece ha de durar toda la eternidad.

La muerte en las trincheras es lo de menos. Lo de más es la humedad, la angustia, la incertidumbre... Y el frío... Aquel frío glacial que penetra en los huesos, que hiela, que mata...

Se sabe que la Fea—como los

soldados llaman a la Muerte—está allí a pocos pasos de ellos, rondándoles; quizá entre ellos que se apoyan rendidos en las paredes de las trincheras.

A lo mejor se les presenta a caballo con una de las balas que silban por encima de sus cabezas... Quizá en el obús que estallará dentro de poco al borde de la trinchera...

Y aun todo eso menos mal. Se tiene al lado el compañero con quien cruzar una palabra, se enciende con cuidado el cigarillo, se bromea, se lamenta la caída del compañero que acaba de desplomarse... Se habla de los familiares lejanos...

Lo verdaderamente desesperante es cuando el soldado se halla solo, cuando ha de realizar las terribles guardias de noche.

Solo en un hoyo ocasionado por cualquier granada. Abandonado de todos. Allí de escucha vigilando no se lleve a cabo ningún asalto nocturno, inesperado...

A Jimmy le toca prestar guardia en una noche señalada, en una de las jornadas que más celebra la Cristiandad. En Nochebuena. En torno suyo reina la más completa oscuridad, interrumpida a veces

por los cohetes luminosos... Que en la jornada santa, los hombres han determinado una tregua.

Nuestro hombre se halla cubierto con el capote, alzado el cuello del abrigo y metidos los pies en el fango que hay en el hoyo. Tirita, tiembla de miedo. Sus manos mantienen firmes el fusil, pronto a disparar.

La nieve ha cubierto con su manto todos los alrededores.

Ante el soldado se extiende el gran espacio de terreno desértico que se ha dado en llamar el *no mens land* — la Tierra de Nadie—; un poco más lejos y por todo horizonte la trinchera enemiga; por mejor decir, algo que se cree ha de ser esto, puesto que más se adivina que se ve. Los ojos de Jimmy están fijos allí. Espera ver una sombra para ejercitarse un poco, echándose el fusil a la cara y dispararlo.

Todo es quietud, todo es silencio...

Convida al recuerdo.

Hermosas Navidades de tiempos pretéritos... ¡Qué goce y qué felicidad le reportaban!

¿Mas qué es aquéllo? ¿Una sombra?

El miedo tal vez se lo ha hecho suponer.

Cada vez con más frecuencia, suelta el fusil para restregarse las manos que se le engarabitan. Hace el gesto con furia, con desesperación. Daría con gusto años de vida por saltar de su agujero y poder salir a campo descubierto donde entregarse a todo género de cabriolas con que lograr restablecer la circulación de su sangre que le parece va a entorpecerse. Cualquier cosa realizaría con tal de poder contrarrestar el frío irresistible de aquella noche.

De su cercana trinchera, de los departamentos de sus compañeros llegan hasta él risas y canciones.

Con seguridad que todos añoran en aquellos instantes el hogar que se halla lejano, pero con noble sacrificio todos procuran olvidar para que el compañero no se desanime. Es por esto que la fiesta tiene un aspecto de alegría casi verdadera...

Con súbito movimiento, Jimmy se ha echado el fusil a la cara. Esta vez sí está convencido de que ha visto una sombra. El resplandor de un cohete luminoso le permite vencerse de que no se ha equivoca-

do. En modo alguno. Se trata de un alemán que acaba de saltar fuera de su trinchera y se arrastra por el *no mens land*. El avance del germano es lento, muy lento, tanto que hasta Jimmy llega a preguntarse si realmente es cierto lo que sus ojos han visto. Pero el resplandor de un segundo cohete le permite cerciorarse de que realmente un hombre vivo se agita entre los muertos.

Su primera intención es matar. Matar para no morir.

Jimmy es entonces un centinela. Y para el centinela todo hombre que se aventura fuera de su trinchera es sospechoso. ¿Qué puede buscar? Desde luego, se puede tratar de un soldado que vaya a auxiliar a un herido, pero eso no pesa en el ánimo del centinela enemigo. Para éste, todo contrario, sólo tiene un fin: el de matar y destruir. Todo contrario lleva sin duda en sus manos una bomba. El intento del enemigo es arrastrarse hasta tan cerca como pueda de la trinchera enemiga y una vez allí arrojar una bomba para sembrar la muerte.

Sin embargo, esta vez, en Jimmy, la voz del sentimiento de piedad vence a la voz del instinto que le

manda matar. ¿Por qué hace aquello? No lo sabe. Una determinación súbita le ha detenido en el instante en que iba a oprimir el gatillo. Y el fusil descende de su hombro, donde estuviera apoyado, para ir a descansar entre sus brazos.

Quizá tenga culpa en su determinación el ambiente místico de la noche. De súbito ha venido a su mente la idea de que seguramente aquel alemán está como él de centinela y como él tiene frío. Y de que también como él aquel hombre experimenta nostalgia por el hogar lejano y por la mujer querida.

Y por los labios del buen soldado ha pasado el sentimiento de piedad, estereotipado en unas palabras murmuradas para sí mismo:

—Pasa, buen amigo Fritz, pasa...

En aquel momento se presenta ante el soldado yanqui el capitán de la compañía. Sus ojos se clavan en el soldado enemigo que pasa ante sus ojos.

Y severo, porque aquel hombre no sabe nada de piedad y sólo escucha la voz del deber, exclama:

—¿Para qué está usted aquí? ¡Dispare sobre ese hombre!

—Ya lo había visto, capitán— responde el soldado, tratando de

excusar su sensibilidad—. Pero me parece que sus intenciones no son malas...

—¿Qué nos importan a nosotros sus intenciones? ¡Nuestro deber es matar al enemigo!

Mal momento ha escogido el oficial para hablar de deber. El soldado siente pesar sobre él, más que nunca, el misticismo de la Nochebuena.

—Matarle en la lucha, sí, mi ca-

pitán—se atreve aún a responder—. Pero así fríamente, como se mata un conejo... Es un poco repugnante.

El oficial no atiende a razones:

—¡La guerra es la guerra!— contesta con dureza—. ¡Usted límbese a cumplir con su deber!

—Perfectamente—dice entonces Jimmy, malhumorado—. Cumpliré con mi deber.

Se aleja el capitán... Va a llevar sin duda aquella misma rigurosidad a otros lugares.

Aquí hizo una pausa el abogado defensor. Le era preciso reponerse un poco. Recobró aliento.

Todo el mundo estaba pendiente de sus labios.

Los doce miembros del jurado se sentían atraídos por el verbo cálido del abogado defensor. Con su palabra fácil, aquel hombre conseguía hacer vivir ante sus ojos todo el mundo de horror que fuera la guerra mundial.

El público lanzó un suspiro de alivio en el corto intervalo que hizo el abogado. Todos se preguntaban adónde iría a parar con su larga peroración.

La mujer—aquella a quien el abogado defensor nombrara Mary

—no apartaba su mirada del rostro de su marido.

Este continuaba con la cabeza entre sus manos. Estaba abstraído por completo del lugar donde se hallaba. A su lado, Luisín, se esforzaba una y otra vez en demostrarle que se encontraba a su lado.

Pero quien verdaderamente se hallaba trastornado era el rígido fiscal, que no tenía oídos sino para el deber.

El relato del último hecho que acababa de hacer el abogado defensor sobre la antipática orden del rígido capitán americano, había traído a su memoria un recuerdo, de cuando él también estuviera batallando en la vieja Europa.

El también fué capitán. El también ordenó una noche navideña a cierto soldado yanqui que la guerra era la guerra y que no debía detenerse a pensar en otra cosa que no fuera el cumplimiento exacto de la disciplina.

Y ahora recordaba de donde era que conociera al acusado. Este era el soldado que le hablara de piedad en los campos de batalla...

Y algo parecido a una oleada de vergüenza extendióse por el rostro del acusador, del hombre que sólo atendía al rígido deber...

Entretanto, el abogado defensor volvía a tomar el hilo de su interrumpido discurso.

Su verbo cálido seguía tejiendo la historia del hombre que se hallaba sentado en el banquillo.

El soldado se encoge de hombros.

—Lo siento, amigo Fritz,—murmura—pero ya lo has oído... El deber es el deber.

Y va a disparar. Pero en aquel momento el alemán se acerca hasta casi el mismo borde de la trinchera enemiga, y allí arranca un arbolillo que, por verdadero milagro, la artillería enemiga ha respetado.

Jimmy baja definitivamente el fusil. Ha comprendido.

Aquel hombre acaba de arriesgar su vida por un móvil puramente sentimental.

Sin duda ha prometido a sus camaradas que, fuera como fuere, él hallaría un árbol para que pudieran celebrar Nochebuena.

Y, en efecto, poco después, en el silencio reinante, llegan hasta el centinela yanqui las frases de un canto germano alusivo a la fiesta de Navidad.

Una batalla en el frente.

Se suceden los cañonazos sin interrupción, continuados, con un fragor de pesadilla, con un ruido enloquecedor.

En tanto que los *schrappnells* estallan en el aire, mandando a las huesas contendientes sus balines, una lluvia de obuses y de granadas cae sin cesar sobre el *no mens land* abriendo profundos agujeros en el suelo y desgajando horrorosamente los árboles.

Se ha dado la orden de avance.

Y sin arredrarse, bajo aquel fuego infernal, avanzan los soldados de uno y otro bando.

Caeen los hombres a montones,

como espigas segadas. Pero los que quedan avanzan, ya corriendo, ya a paso lento, en afán de matar, de vengarse, de hacer pagar aquella sangre querida de los compañeros, que riega el suelo removido una y cien veces por el acero de los cañones.

La compañía donde se ha alistado Jimmy va a tomar la trinchera enemiga. Pero ésta se defiende con tesón, y en tanto que la artillería lleva a cabo lo que los hombres no pueden intentar, los alemanes salen a recibir a sus enemigos.

Súbitamente estalla un obús en medio de la compañía yanqui. Mil piltrafas saltan al aire, al impulso

de la explosión. Infinidad de hombres yacen heridos o muertos por los efectos de la metralla que contaba la máquina infernal.

Jimmy ha caído en un hoyo, herido por un casco de granada.

Ha sido la primera vez que su cuerpo ha probado el terrible desgarramiento de un trozo de acero introduciéndose en su carne.

No es el dolor solamente el que agita en el hoyo a Jimmy. No; es la rabia impotente que le enloquece al ver que no puede vengar a tantos compañeros muertos, hechos polvo o moribundos por los efectos de los artefactos de guerra. Tener que encomendar tal venganza a sus camaradas...

La herida le hace sufrir horriblemente, pero aun encuentra dulzura en todo aquel caos de explosiones y metralla, recordando a la mujer querida que se halla en América aguardándole.

No lejos de él se lamentan otros hombres. Son compañeros suyos... Y otra vez hace presa en él el odio, la feroz ansia de vengarse de quienes así siegan las vidas humanas.

En tan crítico instante ve arrastrarse hasta él y penetrar en su mis-

mo hoyo otro hombre. Es un alemán.

Sonríe satánico Jimmy. Al fin va a poder vengar a sus camaradas. Al fin va a poder vengarse a sí mismo... Con feroz expresión en el rostro alzan sus brazos fieramente el fusil que va armado de la brillante bayoneta. Se goza plenamente hiriendo, matando... Ve fijos en él los ojos de su enemigo, en muda súplica de piedad... Pero no va a tenerla.

Mas el arma levantada no cae. No. Jimmy acaba de reconocer en el alemán terriblemente herido, precisamente al mismo héroe oscuro que en la Nochebuena arriesgó su vida para poder llevar un arbolillo de Navidad a sus compañeros de trinchera.

El soldado americano acaba de reconocerlo. Lo vió tan cerca de él, la noche aquella, que tan sólo con alargar la mano le hubiera sido posible agarrotarlo.

Como la noche en que le perdonara la vida, también en esta ocasión Jimmy baja el fusil. No puede herirle. Experimenta por él gran piedad. El buen sentimiento que manifestara en otra ocasión le libra de la muerte aquella vez.

De pronto una bomba explota a poca distancia de donde se encuentran. Su contenido es mucho más terrible que la metralla que en otras ocasiones esparcieran estallidos semejantes. Son gases asfixiantes...

El primer intento de Jimmy, tan pronto se da cuenta de la naturaleza del peligro, es cubrirse el rostro con su máscara protectora.

Pero en aquel instante dirige la vista hacia el compañero de infortunio que el destino le ha deparado, y al verle sin conocimiento, herido más gravemente que él, se arrastra hasta llegar a su lado y le pone en el rostro la careta que aquél llevaba en su mochila.

Cuando él, por su parte, pretende hacer lo mismo, es demasiado tarde ya. Los gases, impulsados por el viento, llegan hasta el boyo, le estrican, le ahogan... Trata de hacerse fuerte por un impulso violento de su voluntad, pero es inútil. Sus manos quedan rígidas en la careta que no ha logrado ponerse, y él cae sin sentido, absorbiendo aquellos gases mortíferos, que son la peor arma de la guerra.

.....
Cuando vuelve a la vida se en-

cuentra acostado en una cama de campaña, en un hospital de sangre, instalado en una iglesia medio destruída.

Hasta él llegan los sonos del órgano, que constituyen una música solenne que lleva la paz a su alma.

Poco a poco se va dando cuenta de lo que le ha sucedido. La herida de la pierna en donde recibiera el casco de metralla, le duele agudamente. Pero aparte de esto, siente en su pecho un dolor horroroso que le fuerza a toser continua y constantemente. La herida de la pierna, con todo y dolerle atrocmente, no es nada comparada con aquella tos que le desgarrá los pulmones, que le impide respirar, que le congestiona. Se trata de un tos bronca, cruel, de la que no pueden formarse idea los que no han conocido el horror de los gases asfixiantes. Y es un dolor que sólo tiene fin cuando el corazón cesa de latir.

Ante su lecho, indiferentes, pasan médicos y enfermeras.

Y él sigue tosiendo, tosiendo...

¿Por qué—piensa—el casco de granada, en lugar de rozarle una pierna, no le ha hundido el pecho, matándole de una vez?

No se hace ilusiones. Sabe, por la



— No a decir la verdad, toda la verdad...



— ¿No es cierto que esa noche, el reo emboscado en la sombra, mató al hombre?...



Tambalease y corrieron a ayudarlo..



Son canciones son sentimentales o frívolas.

Janny ha sido de los primeros
en alistarse.



Los periódicos son archaizadores de las máximas.



— Jimmy le ha confesado estando una linda canción...



Y Mary se ha sentido ganada por el encanto de las bellas palabras de aquel cantar.



— proporciono a los soldados consuelo y alivio.



¡Ay, cuán distinta es aquella guerra de la que ellos, los voluntarios yanquis, supusieron!



Poco a poco se va dando cuenta de lo que le ha sucedido.



... comprende que es necesario destruir a su amigo...



Mary, en aquel momento, le ve.



— ¡Contesta!



Jimmy - se morto.



...le abbracciava...

triste experiencia de las trincheras, que los gases asfixiantes no perdonan; que la muerte que ellos producen es el suplicio más largo y más cruel que se puede imaginar.

Transcurren los días tristes y sombríos para el herido...

Y en uno de ellos, otro herido es conducido al lecho contiguo al que ocupa Jimmy. Lleva los ojos vendados. Jimmy lo contempla tristemente. Piensa que una de esas infernales llamaradas de la guerra ha destruido sus ojos.

El pobre herido parece enloquecido por el dolor. Lloro como un chiquillo, gimiendo por el bien perdido.

Jimmy le compadece. Es un camarada. No le importa quién.

Olvida sus propias laceras para pensar únicamente en el enloquecido compañero. Pero es en vano que intente distraerle. Es en vano que pretenda entablar conversación.

El ciego no le escucha. Sólo gime. Es el suyo un sollozo constante y que parte el alma. Aquel lamento pone más en evidencia la cruenta e irreparable desgracia.

De pronto, el herido da un grito en el que pone el alma toda. Es el suyo el supremo dolor del que está convencido de que no tiene remedio.

—¡Estoy ciego!—exclama.

Esto es todo.

Pero basta para que su compañero Jimmy le reconozca. Es aquél su compañero de armas, el camarada más querido: Jerry.

Y los dos heridos se entrelazan para llorar juntos su mutuo dolor. Es como siempre Jimmy quien trata de alegrar a su camarada. Canta como puede, para que no se acobarde...

Y he aquí dos resultados; dos despojos de la cruenta guerra mundial.



Otra vez el abogado defensor hizo una pausa.

Medía el efecto de sus palabras.

Aquella visión dantesca que presentó de la guerra y de los sufrimientos de su defendido, había impresionado hondamente a los jurados y al público.

Ya no era mirado el reo como un monstruo herido de muerte, según dijera el fiscal. No. Se trataba de un hombre como los demás. Mejor que la mayoría de los demás.

Por dos veces había salvado la vida de su enemigo. Una de ellas, a costa de la suya propia. Sembrante heroicidad no todos hubieran estado dispuestos a hacerla.

El mismo fiscal que le acusara, aquel que ordenara que matara en los días de la guerra, se veía empequeñecido a su lado. Comprendía ahora que, aparte del rígido deber, había otros sentimientos tan o más dignos de ser considerados... Se veía empequeñecido al lado del hombre que tan despiadadamente había acusado. Y no se atrevía a preguntarse cuál de los dos era mejor en definitiva: si él o el reo. Quizá hubo razones poderosas para que aquel hombre matara...

El abogado defensor, satisfecho del efecto obtenido con sus palabras llenas de atrevimiento, continuó la larga narración que por segunda vez interrumpiera...

La guerra ha terminado.

Ha desaparecido la que fuera la pesadilla infernal del mundo: los campos de batalla.

Por todas partes sólo se oyen gritos de júbilo, canciones llenas de optimismo, bandas de música, banderas de paz.

En América, los soldados yanquis son recibidos como soldados vencedores. En Nueva York se les recibe apoteósicamente.

Mas ¡ay! aquello es sólo el efecto teatral, lo que el público ve de telón para afuera. De momento da en olvido lo que permanece oculto, tras decoración tan brillante. Para los cojos, tuberculosos, cie-

gos, en fin, para los cadáveres vivos, todo aquel recibimiento apoteósico es bien poco... Ellos han vuelto oscuramente, sin tomar parte en todas aquellas ceremonias oficiales, como si los mismos que les lanzaran a la lucha se avergonzaran de exhibir aquellas lacras terribles que pregonarían la verdad de la guerra, que amargarían el triunfo que parece resonante...

Jimmy regresa a su país entre los que forman el brillante escuadrón del triunfo. Ha querido gozar una vez más del placer de ver al público aplaudiéndole como antaño hiciera infinitas veces... Y también para poder ocultar, todo el

tiempo posible, la verdad, la terrible verdad, a los ojos de su adorada Mary...

Mas las fuerzas le engañaron.

Él era, al lado de sus compañeros arrogantes y decididos, un pigmeo. El, que siempre tuvo en su rostro la alegría, muestra en esta ocasión el desaliento, la tristeza.

Los demás avanzan rígidos, obedientes a las órdenes de los oficiales. Parecen dioses a los que el mundo entero ha de rendir homenaje. El pobre Jimmy, por el contrario, sólo va deseando alcanzar una y otra vez los breves momentos de descanso... ¿Si no puede más?

Hay un momento en que parece que el corazón va a detenerse en la cárcel de su pecho...

Es que ante sus ojos acaba de aparecer la figurilla gentil de su adorada Mary, de aquella Mary de la que durante tanto tiempo se ha visto separado.

Pero no ha llegado aún el momento de mostrarse el goce mutuo que experimentan por volverse a ver... Es preciso caminar en la columna.

Y Mary, Mary, que ha visto a su esposo querido con el rostro demacrado, le ofrece animosa su espalda

por el solo goce de ayudarle un poco a llevar aquel fusil tan pesado que durante tanto tiempo hubo de arrastrar su adorado Jimmy...

Van los dos contentos, mintiéndose mutuamente, para que ella no vea lo que él es en realidad, para que él no se dé cuenta del dolor que le causa su cara de dolor a ella...

Mas luego es preciso decir la verdad, la triste verdad...

Y la esposa enamorada que le esperaba anhelante, le atiende solícita, le compadece con toda su alma al verle tan débil y tan destrozado.

Mil proyectos son forjados para el porvenir, proyectos en los que entra Luisín, el buen amigo que está ahora al lado de Mary... Jimmy irá de nuevo por los escenarios a poner al público bajo sus pies, como antaño... Y ya no tendrá que trabajar más Mary, que ha tenido que hacerlo tanto durante la larga ausencia de su esposo.

Pero la prosa de la vida pronto se encarga de dar un mentís a aquellos sueños.

Mary, prudente, se niega a abandonar el trabajo como su marido pretende, en tanto que éste no ha-

ya encontrado contrata... No quiere decirselo, la buena esposa... Pero ¡confía tan poco en que Jimmy llegue a trabajar alguna vez! Y no se equivocaba...

El mismo temor abriga también Jimmy, aun cuando se esfuerza en creer lo contrario para no desilusionar a su mujer... y no desilusionarse a sí mismo. Porque Jimmy no quiere bajo ningún aspecto ser un paria que debe vivir a costa de su mujer. No; ¡eso jamás!

Pronto se convence, sin embargo, de que no debe soñar en volver al escenario.

Al visitar a los empresarios, encuentra con que todos le recibían con alegría, deseosos de contratarle... Pero pronto aquellas amabilidades se vuelven desdenes apenas disimulados, en cuanto se convence que la guerra ha aniquilado al artista, de que éste no es más que una sombra de lo que fuera, con vida apenas para unos cuantos meses.

¡Qué tristeza la del pobre Jimmy!

Grande es el primer desengaño, mayor el segundo... Y luego cada uno de los que recibe no hace sino aumentar el desaliento que de ma-

nera terrible va haciendo presa en él.

No se puede vivir de lirismos y es necesario que Mary se ponga a trabajar con más ahinco que antes, pese a la oposición del desgraciado Jimmy, que no puede aceptar tener que vivir a costa de su mujer.

Mary entra de mecanógrafa en una importante casa de comercio. Le dan buen sueldo y el fantasma de la miseria que una vez asomara en el hogar del pobre enfermo, parece definitivamente alejado.

El marido de Mary tiene, gracias al trabajo de ésta, medicinas, atenciones y reposo. Es decir, lo que necesita, sino para curarse, por lo menos para prolongar su existencia.

El pobre Jimmy prosigue siempre empeñado en sus trece. No quiere que su esposa trabaje. Y un día sí y otro también, le dice:

—Esto no puede continuar. Mary... Yo estoy fuerte ya. Puedo trabajar, hacer algo, no ser una carga para ti...

Y la mujer abnegada le sonríe, le tapa la boca, le besa y con mimos le convence de que es conveniente esperar un poco más aún. Y el inválido se conforma.

Luisín es el que forma el complemento de aquella familia, tan unida. El también se esfuerza en traer con su alegría un poco de bienestar al que un día le protegiera.

Pero pasó el tiempo.

Y llegan días en que Mary no vuelve a casa a la hora en que estableciera de costumbre. Llega, con frecuencia, retrasada y, a las preguntas de su marido, responde que es porque le ha salido trabajo extraordinario que hace además de la cotidiana ocupación.

Jimmy sufre horribilmente.

Sufre porque, pensando de buena fe, le duele que su esposa se esté sacrificando hasta tal extremo por él... Y sufre doblemente, cuando se imagina que Mary le engaña... La disculpa en esto, porque él es un inválido y una carga para ella, pero los celos le matan con su terrible padecer.

Es aquella tortura mucho mayor que todas las que le aquejan continuamente, tanto física como moralmente.



Cierta noche, apenas llegado Jimmy a su casa, llaman a la puerta. Acude él mismo a abrir, creído de que se trata de su mujer. Pero, no, es una vecina.

Luisín, que se encuentra junto a la ventana, hace un gesto que no puede tomarse justamente como de simpatía... Aquella vieja es conocida por toda la vecindad como una portadora de chismes y enredos. Su visita, por lo tanto, nada bueno puede presagiar.

Jimmy es el hombre amable de siempre. Aun cuando amargado por las decepciones, no por esto se ha agriado su carácter.

Recibe, pues, a la recién venida con cortesía.

—Mary no está—advierte—. Pero no debe tardar... Si entretanto puedo servirla en algo...

La vieja pronto entra en materia.

—¿No ha venido todavía Mary? —pregunta.

—No, señora.

—Pues, es tarde...

—Trabaja horas extraordinarias —dice Jimmy con buena fe.

—¡Ah, horas extraordinarias!...

El ríntintín con que se expresa la vieja llama la atención de Jimmy.

—¿Qué quiere dar a entender?
—pregunta brusco.

—Sencillamente. Que a veces los hombres parecen tontos.

Y ante la muda sorpresa del hombre, continúa:

—No sé por qué me parece que Mary no está ocupada como pretende...

No puede añadir más.

Jimmy, furioso hasta la desesperación, arroja a aquella bruja insidiosa de su casa.

En el instante de su arranque, Jimmy está convencido de la inocencia de su esposa. Mas luego, en la soledad en que se encuentra—Luisín no se atreve a decir nada—, su pensamiento comienza a laborar. Las luces de la calle se hallan encendidas y Mary no ha regresado todavía.

Y la duda, ese tormento feroz que socava las más firmes convicciones, hace presa en el desgraciado inválido.

¿Tendrá razón aquella mujer?
¿Le será infiel su esposa?

Transcurren los minutos en terrible monotonía, sin que la luz asome por parte alguna en el oscurecido cerebro del enfermo.

Luisín, con la clarividencia de los chicos que desde temprana edad se han encontrado frente a la vida, comprende que es necesario distraer a su amigo de la terrible obsesión en que se halla sumido.

Se encuentra entonces el muchacho junto al gramófono. Ante sus ojos ofrécese casualmente una placa que reproduce la canción más popular que Jimmy cantaba en otro tiempo. Y el niño, guiado por la mejor intención, la coloca en el aparato.

Y cuando los primeros sonos de la canción querida quiebran el silencio reinante, Luisín dice, al ver que su amigo se vuelve hacia él sorprendido:

—Anda... Prueba... Trata de cantar esta canción... Tú podrías. Lo sé. Estás bueno ya.

Jimmy sonríe. Ya ha olvidado su tortura de hace un instante.

Mejor dicho, es su recuerdo lo que alimenta en él una ilusión de que le sea posible volver a pisar las tablas, quitar a Mary del trabajo y evitar que tenga que ir en lenguas de malintencionados.

Balbuze:

—Sí, en efecto... Parece que desde hace algún tiempo no toso...

—No, si estás bien, estás bien...
¡Prueba, prueba!

¡Con qué calor se lo dice el muchacho! Lo que él iniciara como una diversión para hacerle olvidar, toma cuerpo y tal vez va a convertirse en una fiel realidad, una venturosa dicha.

Jimmy se ha puesto a cantar.

Ha comenzado primero muy bajito, muy bajito...

Es como un ciego que después de mucho tiempo hubiese recobrado la vista y tuviese miedo de abrir los ojos ante el sublime temor de ver cosas demasiado hermosas... Es como un paralítico que, al sentirse curado, iniciase sus primeros pasos vacilantes.

Le sale bien. Algo temblorosa la voz, pero canta con la misma alma que antes, con aquel dulce sentimiento que le diera fama y fortuna...

Se sonríe a sí mismo, se alegra.
¡Es el triunfo!

Luisín a su lado se emociona, enloquece por el éxito de su admirado amigo.

Este va alzando poco a poco la voz...

Ya cubre los sonos de la placa, que sigue girando en el gramófono.

no. Su voz resuena tan potente como antes, como en los tiempos venturosos...

¡Sí! ¡Canta! ¡Puede cantar!

¡Es feliz!

Quiere esforzar la nota final con uno de aquellos agudos que tan bien le salían en otro tiempo.

Y de pronto...

La voz se trunca en su garganta.

Le acomete un acceso de tos desgarrador, seco, que pregona terriblemente su impotencia, su inutilidad para ser útil en las tablas, para ser útil a su mujer...

Primero le doblega el dolor.

Luego hace presa en él la rabia.

Como un loco, se abalanza contra el gramófono, en el que sigue la placa que repite sus éxitos de antaño.

Y ante el niño, transido por el dolor, hace añicos la placa.

Luego encárase con Luisín:

—¿Por qué me lo has dicho?—
le grita—. ¿Por qué me has dicho que probase?

El muchacho tiembla. Se le saltan las lágrimas.

Murmura:

—Yo... Perdóname...

Y aun intenta llevarle un poco de confianza:

—Pero, si que podrás.
Mas ya son inútiles aquellos intentos.

Esta vez, la esperanza ha muerto

en el desgraciado inválido, y ha muerto para siempre.

—¡Déjame! ¡Déjame!... — gime, apartando a Luisín de su lado.



Jimmy se halla en una crisis de violenta cólera.

Le es preciso abandonar la habitación, donde le parece que todos los muebles se mofan de su fracaso, de su irremediable derrota.

Súbitamente, un recuerdo acude a su mente.

Y, decidido, aquejado por la tos que de nuevo ha vuelto a hacer presa en él, se dirige hacia la escalera que conduce al sótano de la casa.

Luisín llega a temer que su amigo del alma, aquél que es para él más que un padre, pretenda cometer algún disparate, y trata de oponerse a que llegue donde desea.

Pero cuando intenta cerrarle el

paso, un empujón basta a Jimmy para hallar vía libre.

Está el enfermo como loco. No repara que su brusquedad ha derribado al muchacho, que gime en aquellos momentos en la escalera.

En el sótano tiene Jimmy todo lo que conserva de la guerra: su uniforme, su fusil, el casco de acero... Y la careta contra los gases asfixiantes, aquella misma careta que no había podido utilizar... ¿Por qué la ha conservado? No sabe. Tal vez para gozarse con el dolor que le produce su contemplación. Quizá por ese mórbido placer que se experimenta en conservar a nues-

tro lado aquello precisamente que más daño nos ha causado.

Ahora tiene ante sus ojos aquellos objetos inútiles...

¡Qué odio tan grande siento!

Coge el fusil y lo está contemplando largo tiempo, pensando tal vez en los muchos seres que cayeran, víctimas de su mensaje de acero...

Y de pronto, en un arrebato, el arma homicida es estrellada contra el suelo. Y tras ella, uno tras otro, todos aquellos malditos recuerdos de la guerra. Motiva aquel gesto su rabia, su despecho. Todos son los culpables de su derrota. ¡Ellos han destrozado su vida, convirtiéndole en un pobre guiñapo humano que aguarda la muerte como una liberación! A medida que va viendo los objetos en el suelo, los pisotea lleno de ira, deseoso de hacerles tanto daño como a él le habían producido.

No hay ni uno de aquellos objetos que le recuerde un momento glorioso, un acontecimiento heroico, un hermoso hecho de guerra...

Sólo ve a través de ellos la fealdad y el horror de los campos de batalla donde se moría no dando el pecho y la cara, sino oscuramen-

te, en un rincón, en un agujero de las trincheras, cual ratas acorraladas.

Ya pasó el primer arrebato de rabia.

Ahora, agotado, busca el aire que falta a sus pulmones... Ante él está el ventanuco que da a la calle a ras de tierra.

Un acceso de tos le ha agotado terriblemente, haciéndole doblegar-se contra sí mismo. Es maquinalmente que su mano se dirige hacia la falcha y abre...

En pleno rostro recibe la bocanada del aire fresco de la noche. Es como un velo de alivio que le envuelve y le satura con su frescor, cuando se abrasa de fiebre...

Pero en el mismo instante, su mano temblorosa se crispa sobre el marco de la ventana donde acaba de apoyarse...

¡No, sus oídos no le engañan! Es la voz de Mary la que acaba de oír... La voz de Mary junto a la de un hombre... de un hombre...

Ella ríe.

El le repite por segunda vez:

—Mary, usted sabe que yo la amo... Usted sabe que yo la quiero. ¿Por qué no me contesta usted que sí?

Y Mary sigue riendo. No protesta.

¡Así, pues, su vecina no le ha engañado! ¡Su mujer le es infiel!

Pero de súbito, la voz del hombre trae a su mente reminiscencias. Sí, él conoce esa voz. Está seguro. En un instante inborrable de su vida, aquella misma voz le dió las gracias por haberle salvado la vida.

Conteniendo la respiración, se asoma a la calle. Y ve...

Ve que aquel hombre tiene en sus brazos a su mujer, ve que ésta, ahora seria, contempla silenciosa al hombre que habla... Y se convence de que no se ha equivocado, de que conoce al hombre que le roba el amor de su Mary. Sí, Jimmy lo conoce. ¡Aquel hombre—¡oh sarcasmos de la vida!—es el alemán a quien él salvó la vida a costa de la suya!

Es la suya entonces una risa silenciosa, una risa que hace daño... ¿Es a aquéllo a lo que le ha conducido su bondad? ¿Esa bondad tan cacareada que todo el mundo admira?

Cierra el ventanuco, anonadado, destrozado. Esta vez la herida la ha recibido en pleno pecho. Esta

vez le han destrozado sin compasión su corazón.

¡Ah, pero aquello es excesivo! ¿De manera que él ha sacrificado su vida por la de aquel hombre que corresponde a su generosidad, viéndole a robar su único tesoro, lo que más ama en el mundo?

¡No! ¡No será!

Otra vez la locura ha hecho presa en él. Su mano febril busca algo... Y halla lo que desea. Un revólver.

¡Con qué delectación contempla el arma con que va a matar! A ella encomienda la venganza de su honor.

—¡No, papáito!—grita en aquel momento Luisín, testigo mudo de la escena—. ¡No hagas eso!

El pobre niño intenta arrancarle el arma de las manos...

Pero, ¿qué puede él con sus débiles fuerzas, contra un hombre enloquecido?

El niño es rechazado con brutalidad. Y antes de que se reponga del golpe, la tragedia está ya consumada.

Jimmy ha abierto de nuevo el ventanuco. Y una nueva ofensa viene a dar de lleno en su rostro, aña-

diendo leña al fuego de su cólera.

Mary y el alemán están fuertemente abrazados y ella le besa en aquel momento.

¡Ya no hay duda, Jimmy!

Con frialdad súbita, con terrible parsimonia, apunta al corazón del hombre, que le vuelve la espalda.

Mary, en aquel momento, le ve. Da un grito, pero ya es tarde...

Ha sonado el estampido.

Y el ladrón de su honor se vuelve, para ver con inenarrable asombro, que el que le ha disparado por la espalda es el mismo que le salvara por dos veces la vida.



—¡Así es como sucedieron los hechos, señores jurados!—concluyó el abogado.

De nuevo todos aquellos que escuchaban lanzaron un suspiro de alivio.

Pero esta vez, el abogado defensor no quiso descansar. Febrilmente deseaba llevar a feliz término la gran obra que había emprendido.

Contempló largamente al acusado, que seguía con la cabeza entre las manos, fijó los ojos en el hombre que pretendía salvarle de una muerte que, en definitiva, no podía tardar. Luego, el abogado contem-

pló también a la mujer acusada por el esposo y que se encontraba sentada entre el público.

—Pero, señores—continuó el defensor, dirigiéndose de nuevo a los jurados—, ahora os voy a decir algo que el mismo acusado ignora... Ahora voy a haceros saber algo que no beneficiará precisamente a mi defendido, pero que desco manifestar para dejar limpia de toda mancha a esa pobre mujer a quien su marido cree culpable... Voy a quebrantar la palabra que di de reservar secreto lo que ella me confiara... Pero si lo hago, aparte del

noble fin de hacer surgir la verdad, que me guía, es también para que, si no logro evitar que mi defendido sea condenado a muerte, por lo menos que marche hacia ella sonriente, con la luz de la fe en su alma, en lugar de partir hacia la eternidad con las negruras del odio en el corazón.

Un gran silencio se hizo ante esas palabras. El público todo tenía ahora fijos los ojos en el lindo cuerpo de la mujer, que sollozaba. Tampoco era ella culpable, según el decir del abogado. Y véase cómo también Jimmy se volvía para contemplar a Mary y cómo ya en sus tristes ojos brillaba una luz de esperanza, de fe en la reconciliación.

—No, señores jurados— clamó entonces el abogado—, no. Mary no fué infiel a su esposo. Mary no podía serlo, aun cuando todas las apariencias la condenaran. Le quería demasiado para inferirle tal ofensa. Lo que sucedía era que la mujer ahogada que se había hecho el propósito de mantener a su enfermo querido, se hacía pasar por soltera, para así recibir mejores colocaciones... Lo que sucedía era que Mary, considerada como tal, era mediada por el due-

ño de la casa donde trabajaba. Ella no podía, por lo tanto, negarse a sus galanterías, porque si se enfadaba, podía hallar un pretexto cualquiera con el que restara el pan al esposo querido... Era por esto que la pobre mujer consentía en dejarse acompañar por el galán, era por esto que aceptaba sus galanterías... Pero llegó una noche—la noche de autos, como dice el señor fiscal—, y entonces, el principal cristalizó sus aspiraciones, diciendo que su mayor placer sería ofrecerle su nombre, que no le rechazara... Ya entonces Mary, Mary, que ya conocía lo suficiente al hombre a quien se dirigía para saber que abrigaba en su pecho pensamientos nobles, le confesó la verdad. Le hizo saber que ella era casada y adoraba a su marido, tanto más cuanto que de resultas de la guerra él había quedado inválido por los efectos de los gases asfixiantes... Y fué entonces cuando Jimmy les vió, fué entonces cuando cerró el ventanuco. ¡Ah, si no lo hubiera hecho! ¡Ah, si hubiera escuchado!

Se detuvo el abogado.

—Entonces habría sabido—continuó— y al saber, su mano no habría empuñado el arma homicida,

y no se encontraría ahora sentado en el banquillo de los acusados. Porque el alemán, tan pronto supo lo que Mary le dijera, cambió por completo su actitud. Le dijo que si había venido a América, no por los negocios, ya que era sobradamente rico en Alemania, sino en busca de un soldado americano, el cual, por los informes recogidos, sabía se hallaba enfermo de los gases asfixiantes, y al que él debía la vida. Y vino a América para llevárselo consigo a Alemania, don-

de existía un médico muy famoso por las curas realizadas entre tuberculosos a causa de los gases asfixiantes. Desde aquel momento, aquellas dos almas grandes se comprendieron. Desde aquel momento, supo el alemán que había encontrado al hombre que buscaba, y él y Mary se lanzaron de lleno a forjar proyectos para llevar pronto a Jimmy a Alemania y devolverle la vida que tan generosamente ofreciera. ¿Qué menos podía él hacer por él?

* * *

Eran muchas las mujeres que lloraban. Eran muchos los abogados que no sabían cómo disimular su emoción.

Y Jimmy, atontado, deshecho, ha-

bía dejado caer la cabeza sobre la mesa, donde tenía apoyados los brazos, y permanecía en aquella actitud, sordo a las palabras del dolido Luisín.

* * *

—Cierto— continuó el defensor —que el esposo vió a la mujer besar al alemán, cierto que ello fué tal vez la causa de que aquél disparara... Pero, decidme, señores: ¿hemos de acusar de esto a esas dos inocentes criaturas, llevadas el uno por su arrebató y la otra por su agradecimiento? ¿O hemos de acusar al Destino burlón, que de tal manera procedió?

Otra vez los jurados se habían puesto rígidos. La emoción, si la había, quedóse en el fondo de sus corazones. Entonces no eran más que los hombres que representaban la ley.

El abogado defensor no se amilanó:

—Es verdad que el homicidio subsiste. Pero ese homicidio ha sido dictado por vosotros mismos... Por vosotros, sí, no os sorprendáis. ¿Acaso no fuisteis los que le mandasteis, juntamente con otros soldados, a aquellos lejanos campos de batalla, a que combatiera contra el alemán que amenazaba hacerse dueño del mundo? ¿Acaso no le dijisteis entonces que matara, y que matara sin compasión? ¿Y mató acaso? ¿Mató a ese hombre por dos veces? ¿No le perdonó la vida? Sí, se la perdonó, y entonces no lo comprendisteis. Entonces, un capitán, rígido como el deber, ordenó la muerte, y vosotros lo aplaudisteis. Entonces, ese mismo hombre que se

hallar ahora sentado en el banquillo habría matado al mismo alemán por cuyo homicidio ahora le juzgáis, y vosotros habiéráis hallado digno este hecho, entonces le habiéráis glorificado, ya que al hacerlo defendía vuestros hogares, defendía vuestras familias, y os defendía a vosotros mismos... Pero ahora es distinto, ahora ese hombre ha tomado la venganza por su propia mano y ahora merece morir... Pero decidme, todos, decidme... Si os hubieráis encontrado en un caso parecido, si hubiéseis visto que venía

un ladrón a robaros la bota, a robaros lo que es más bello, más valioso para vosotros en el mundo, ¿qué habiéráis hecho? Pensadlo bien, señores jurados, examinad todas las causas, tratad de comprender el dolor, la desesperación de un hombre que ve, o cree ver, robar su único cariño, y que lo ve robar precisamente por el hombre causante de todas sus desventuras, ya que sacrificó su propia vida para salvar la de él. Y una vez lo hayáis examinado todo, decidme entonces: ¿Qué habiéráis hecho vosotros? ¿Qué habiéráis hecho?

* * *

Calló el abogado defensor.

Había terminado su brillante informe.

Una a una había derribado las acusaciones de su contrincante el fiscal. Una a una había convertido en hermosas cualidades todos los defectos que aquél hiciera aparecer.

El público, emocionado, esperaba el final, ya cercano, de la larga vista. Se daba por descontado el resultado. La mayoría opinaba que iba a concederse la absolución al acusado, y unos pocos suponían que por lo menos, se le impondría una corta pena, tan corta como la ley lo permitiese.

Pero estos mismos negros vaticinadores quedáronse sumamente sorprendidos cuando vieron que el fiscal, luego de obtenida la venia del juez, dirigía las siguientes palabras al jurado:

—Señores del jurado, yo uno mis fervientes votos a que la razón os ilumine y concedáis al acusado la absolución que solicita mi colega, el abogado defensor.

A nadie se ocultó que el fiscal estaba profundamente conmovido.

Lo que todo el mundo ignoraba era el motivo. El rígido fiscal no podía olvidar al severo capitán de los campos de batalla...

La vista quedaba conclusa para sentencia.

El juez invitó al jurado a que se retirara para deliberar.

Mas, el que llevaba la voz cantante entre ellos, advirtió que no había necesidad.

—Aquí mismo podemos ponernos de acuerdo.

Y, en efecto, poco después era entregado el veredicto al señor juez.

El magistrado se puso en pie. El público también.

La ley iba a cumplirse.

Sólo un hombre había permanecido en su sitio. El reo. Pero se comprendía su emoción, se comprendía su estado.

El juez declaró, con voz que se esforzaba en ser firme:

—Este Tribunal se complace en manifestar que el jurado absuelve al acusado.

Hubo un aplauso cerrado. Por aquella vez, la letra muerta del Código era saltada. Ante la Ley, acababa de ser impuesta la Humanidad.

Pero todo el mundo quedóse sorprendido. El reo no se había movi-

do de su abatida actitud. Cuando se esperaba que él se alzara y corriera a abrazar a su buena esposa, continuaba sin moverse.

Fué Mary la que hubo de correr a su lado.

Y entre lágrimas y risas pudo decirle:

—¿Has oído, Jimmy? ¡Estás libre!

Igual mutismo.

¡Ay! Que un temor terrible hizo presa en el alma de la enamorada mujer. Apoyando su manita en el brazo de él, le advirtió, con una voz en la que temblaba la angustia:

—Y pronto te curarás, amor mío.

Aquello era anormal. No se movía.

El júbilo iniciado en el público estacionóse.

Flotaba la Tragedia.

—¡Contesta!—clamó la desventurada.

En su nerviosismo, tomóle del brazo para obligarle a que irguiese la cabeza.

Y, falto de apoyo, el cuerpo del que tanto había sufrido, se desplomó a los pies de la mujer querida.



El perdón de la Ley llegaba demasiado tarde.

Jimmy se moría.

En una salita contigua a la sala del tribunal, el que un día cautivara al público de Nueva York, acahábase por momentos.

Tantas emociones se habían llevado consigo la poca vida que le quedaba.

El médico, llamado a toda prisa, se abalanzaba de manifestarlo. No había esperanza.

Y el abogado defensor, que alcanzara un triunfo tan enorme, sentía que no hallaba el sabor de la victoria, sino una amargura tan profunda como el peor fracaso.

También se encontraba allí el fiscal. Quería permanecer por última vez al lado del que fuera su compañero de armas.

Luisín lloraba en un rincón. Habíale apartado del lado del moribundo para evitarle el penoso espectáculo.

Y Jimmy sólo tenía a su lado a la mujer querida. Esta le abrazaba delirante, pareciéndole imposible que realmente fuera aquélla la última vez en que sus brazos le oprimieran vivo...

El la miraba, la miraba...

Y con voz apagada, en último esfuerzo de su postrera ofrenda,

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

cantóle a la mujer adorada aquella linda canción que antaño tantos éxitos le valiera...

Y fué así como una vida mecida al calor de la gloria y el aplauso,

apagóse oscuramente, en la salita contigua al tribunal, donde hasta hacía un momento estuviera suspendida sobre su vida, la espada de la Ley...

FIN

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbató, 16. — Madrid: Ferraz, 21



La maravillosa producción en tecnicolor

MAMBA

Por la bellísima **Eleanor Boardman, Ralph Forbes**
y **Jean Hersholt**

Grandioso éxito en los Salones de Barcelona: Teatro
Cómico y Príncipe Alfonso, con llenos diarios.

Interpretación insuperable. Emocionante asunto.

Lujosa portada

Interesantes ilustraciones en el texto

Ediciones Bistagne publica siempre lo mejor entre lo mejor!

COLECCION USTED

los lujosos libros de las ediciones especiales de
La Novela Semanal Cinematográfica

LIBROS PUBLICADOS:

La Viuda Alegre. — El Gran Desfile. — Miguel Strogoff o El Correo del Zar. — La princesa que supo amar. El coche número 13. Sin familia. — Mare Nostrum. Nantás, el hombre que se vendió. — Cobra. — El fin de Montecarlo. — Vida bohemia. — Zazá. — ¡Adiós, juventud! — El judío errante. — La mujer desnuda. — Casanova. — Hotel Imperial. — La tía Ramona. — Don Juan, el burlador de Sevilla. — Noche Nupcial. — El Séptimo Cielo. — Beau Geste. — Los Vencedores del Fuego. — La Mariposa de Oro. — Ben-Hur. — El Demonio y la Carne. — La Castellana del Líbano. — La Tierra de todos. — Trípoli. — El Rey de Reyes. — La ciudad castigada. — Sangre y Arena. — Agallas triunfantes. — El Sargento Malacara. — El Capitán Sorrell. — El Jardín del Edén. — La Princesa mártir. — Ramona. — Dos Amantes. — El Príncipe estudianto. — Ana Karenina. — El destino de la carne. — La mujer divina. — Alas. — Cuatro hijos. — El carnaval de Venecia. — El ángel de la calle. — La última cita. — El enemigo. — Amantes. — Moulin Rouge. — La Ballarina de la Opera. — Ben-Ali. — Los Cuatro Diablos. — ¡Ole, payaso, ole! — Volga, Volga. — La Sinfonía Patética. — Un cierto muchacho. — ¡Nostalgias! — La ruta de Singapur. — La Actriz. — Mister Wu. — Renacer. — El desperdicio. — Las tres pasiones. — La melodía del amor. — Cristina la Holandesa. — ¡Viva Madrid, que es mi pueblo! — Sombras blancas. — La copia andaluza. — Los cosacos. — Ícaros. — El conde de Montecristo. — La mujer ligera. — Virgenes modernas. — El Pagano de Tahití. — Estrellas dichosas. — Esto es el cielo. — La senda del 98. — Espejismos. — Evangeline. — Orquídeas salvajes. — El caballero. — Egoísmo. — La Máscara del Diablo. — El pan nuestro de cada día. — Vieja hidalguía. — Posesión. — Tentación. — La pecadora. — El beso. — Ella se va a la guerra. — Los hijos de Nadie. — El pescador de perlas. — Santa Isabel de Ceres. — Las dos huérfanas. — La Canción de la Estepa. — El precio de un beso. — La rapsodia del recuerdo. — Delikaessen. — Del mismo barro. — Estrellados. — Cuatro de infantería. — Olimpia y Monsieur Sans Gêne.

que han constituido otros tantos éxitos para esta Colección, la cual será considerada la Biblioteca más amena, selecta e interesante.

ÉXITO

sin precedente de la novísima publicación

NOVELA TEATRAL

(Obras de teatro noveladas)

Números publicados:

El proceso de Mary Dugan
(Bayard Weiller)

LA MADRE (Santiago Rusiñol)

La florista de la rambla (Alfonso Roure)

Shanghai (John Colton)

El alcalde de Zalamea
(Pedro Calderón de la Barca)

Don Juan Tenorio (José Zorrilla)

El crimen de Juan Anderson (Annie Wise)

Manos de plata (P. Serrano Anguita)

La danzarina roja (Charles-Henri Hirsch)

La hija de Juan Simón (José M.^o Granada)

La vecina del tercero (La vecina del terrat)
Gastón A. Mántua)

Presentación esmerada

Ilustraciones en el texto

Precio: **30 céntimos**

La Novela Cinematográfica del Hogar

Números publicados:

- Puertas cerradas**, por Virginia Vail
Madre pecadora, por Irene Rich
Estrella simbólica, por George O'Brien y Sue Carol
La losa del pasado, por Donald Keith y Helen Fowler
La mujer de Satanás, por Marjorie Allen y Jack Trevor
Jimmy, el misterioso, por William Hetses y Leta Hyams
Nueva mujer, nueva vida, por Pat O'Malley, Dorothy Sebastian y Harry Murray
Amanecer, por Jean Greyne y George O'Brien
Tras la cortina, por Lela Mores y Warner Baxter
Los misterios de Londres, por Aida Stewart y Gregham Hale
(La divina pecadora)
En la vieja Arizona, por Warner Baxter, Dorothy Burgess y Edmund Lowe
Honrarás a tu madre, por Mary Carr
Nobleza batutta, por Leo Alculáster
Su Majestad el Amor, por Harry Loomis Edda Gray, etc.
Amor siniestro, por Genda Adoré, Thomas Melghan, etc.
Eugenia Grandet, por Rodolfo Valentino y Alice Terry
Ana contra el mundo, por Shirley Mason Jack Mower
La hermana blanca, por Lillian Glah y Ronald Colman
De mujer a mujer, por Betty Compson y Olive Brook
Mujeres frívolas, por Bárbara Le May y Ramón Novarro
No me olvides, por Deale Love y Gareth Hughes
El Caballero del Amor, por John Gilbert y Eleanor Boardman
Estrellas fugaces, por Annette Bessan, Brian Aherne y Donald Crisp
Tobillos de oro, por Sue Carol y Jack McHall
En nombre de la amistad, por George Lewis y A. de Segurón
El prisionero de Zenda, por Alice Terry y Ramón Novarro
Sendas traicioneras, por Lila Lee, Robert Ames, etc.
El príncipe Stravos, por Harry Lindell, Ben Eby, etc.
Amor, Fútbol y Toros, por Alengible Rodriguez, Ricardo Robez, etc.
Hombres peligrosos, por Warner Baxter, Catherine Owen, etc.

Vea usted la transformación operada en **Los Grandes Films** de La Novela Semanal Cinematográfica, cuyo título actual es

Los Grandes Films

Mudos y Sonoros

Simpático tamaño, mayor que antes
Diez grandes ilustraciones en el texto.

ASUNTOS SELECTOS

Números publicados:

El vals de moda - Siete caras - Inmortalidad - ¡Así es la vida! - Redención
El halcón de los aires - Tarakanowa
Pepe Hillo - El hombre de la rana - El cuerpo del delito - Movietone Follies
1930

Próximo número:

Doña Mentiras

PORTADA A COLOR

Precio: **50 céntimos**

Servimos números atrasados de todas nuestras publicaciones a precios corrientes.

Si desea usted recibir catálogo sírvase pedirlo.

GRAN ÉXITO de
La Novela Semanal
Cinematográfica
Moderna

Continuación de la más popular
de las novelas cinematográficas
PRESENTACIÓN SIN RIVAL

Precio: **25 céntimos**
CON POSTAL REGALO



Números publicados:

Amor audaz
Bandido por excelencia
Tenor y tenorio (extraordinario)
La evadida
Amor
La indomable
Alta sociedad (extraordinario)
El último de los Vargas



¡Coleccione la novedad del año!

Estrellas del Amor

Publicación semanal de biografías
noveladas de las grandes amadoras
de la historia

Doble interés histórico y erótico

Género ideal que ha causado excelente impresión
obteniendo la más favorable de las acogidas

Números publicados:

La Du Barry Mesalina

Próximo número:

Lucrecia Borgia

Interesante y frívolas anécdotas
5 sugestivas ilustraciones interiores

Portada a todo color

Precio del tomito: **50 céntimos**

Ediciones ADÁN y EVA

Formidable éxito de
La Novela EVA

Publicación semanal
de novelas modernas

Precio: **30 céntimos**

Éxito verdad de
La Novela ADAN

Compañera de la no menos atractiva **EVA**
Publicación semanal

Precio: **30 céntimos**

Los dos grandes éxitos de
Alfonso Vidal y Planas
La Vida, el Deseo y la Víctima
(Novela)

El loco de la masía
(Obra teatral)





Precio: Una peseta